

SAN JOSÉ, UNA GRAN LABOR DESDE EL SILENCIO

Aquel día, cuando el marido regresó a casa a mediodía después de trabajar, se encontró el salón revuelto con los juguetes de los niños tirados por el suelo y los restos de la cena que aún permanecían sobre la mesa. Todavía estaban en la encimera de la cocina la leche, las galletas, la mantequilla y la mermelada del desayuno. En las habitaciones las camas estaban sin hacer. La casa estaba, en general, desordenada y revuelta. Y la comida aún no estaba preparada. Con sorpresa preguntó a su esposa: «¿Qué ha pasado? ¿Por qué está así la casa?» «Cada día cuando regresas a casa –respondió la esposa– me preguntas qué tal ha ido la mañana, qué he hecho. Hoy no he hecho nada para que puedas ver lo que hago».

La verdad es que hay muchas cosas en la vida que no se nota que las hacemos; pasan desapercibidas. Pero es cuando no se hacen, cuándo las echamos de menos y nos damos cuenta de su importancia.

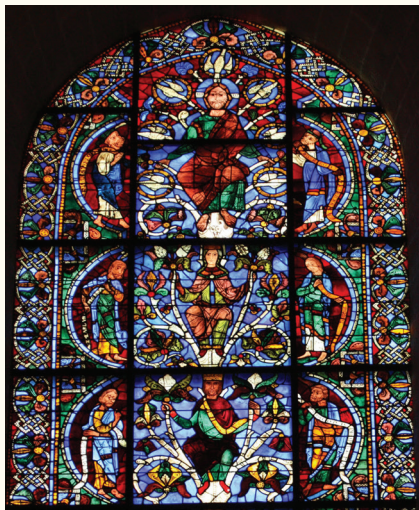
Algo parecido ocurre con san José. Poco nos hablan los evangelios de él. Poco sabemos de su vida y de su labor en la Sagrada Familia. Sin em-



bargo tuvo un papel fundamental en la historia de la salvación. E hizo varias cosas de esas que cuando se hacen, uno no se da cuenta, pero que si no se hacen, entonces percibimos que eran necesarias.

Recordemos cómo san José, tras aquel sueño en el que un ángel le comunicó que la criatura que llevaba en su vientre María, con quien estaba desposado, provenía del Espíritu Santo (cf. Mateo 1,20), dejó de lado su intención de repudiarla y, en cambio, la tomó por esposa. En pocos versículos describe el evangelio de Mateo este suceso. Y podría parecer que era lo más normal. Pero todo lo contrario. Pensemos en la situación: san José y la Virgen María estaban prometidos, y sin haberse acostado juntos, ella le anuncia que está embarazada. Lo más lógico era pensar que su pareja, en su incipiente relación, le había engañado con otro. Y en esos casos lo habitual no era acoger como mujer a alguien que estaba embarazada de otro, sino repudiarla. Esto significaba que la mujer era declarada adúltera. Y el adulterio estaba castigado con la muerte por lapidación. Pero san José confió en

las palabras del ángel, demostrando su fe. No dudó de la intervención divina en aquella increíble concepción. Y, en consecuencia, tomó a la Virgen María por esposa. Si san José hubiera repudiado a la Virgen María, María hubiera sido lapidada y el Hijo de Dios no habría nacido. En cambio, gracias a una desapercibida actuación de san José, el Hijo de Dios que se había encarnado, pudo nacer. Fue importante el «sí» de María, pero también fue necesario el «sí» de san José.



El tronco de Jesé, en la catedral de Chartres

Además, san José al poner bajo su autoridad al niño Jesús, le proporcionó una familia, un hogar donde el Hijo de Dios sería educado e iría creciendo «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lucas 2,52; cf. 2,40). Gracias a su trabajo de carpintero fue sustentado Jesús. Y pudo así tener todo lo necesario para vivir y para llegar a ser el hombre que años después salvaría al mundo del pecado y de la muerte, restableciendo la amistad entre Dios y la humanidad.

Finalmente, san José al acoger a Jesús como hijo propio lo insertó en la tribu de Judá, a la cual él pertenecía, y lo pasó a ser descendiente de Jesé

y del rey David, según la genealogía de san José que encontramos detallada en los evangelios de Mateo y de Lucas. Así san José hizo posible que se cumplieran las Escrituras, que se cumplieran las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento: «Tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel» (Miqueas 5,1); «[Ve y dile a mi siervo David:] Cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo,

un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. El edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo... Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre» (2 Samuel 7,12-16); «Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor... Aquel día, la raíz de Jesé se erigirá como enseña de los pueblos: la buscarán los gentiles, y será gloriosa su morada» (Isaías 11,1-2a.10).

JOSÉ ANTONIO GOÑI